



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Henao Holguín, Diana
Apuntes de una lectura de la Guerra de los Mil Días en tres cuentos antioqueños
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 22, enero-junio, 2008, pp. 147-160
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498357112009>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Apuntes de una lectura de la Guerra de los Mil Días en tres cuentos antioqueños

*Diana Henao Holguín**

Universidad de Antioquia

Recibido: 15 de octubre de 2007. Aceptado: 19 de mayo de 2008

Resumen: El artículo es un ejercicio interdisciplinario entre historia y literatura. A partir del análisis de tres cuentos, de autores antioqueños, referentes a la Guerra de los Mil Días, interesa la representación de los diferentes grupos sociales y los roles desempeñados en la guerra. Además, de dar cuenta de la vida cotidiana de los antioqueños durante este conflicto.

Descriptores: historia, literatura, Guerra de los Mil Días, vida cotidiana, grupos sociales, Antioquia.

Abstract: The article is an interdisciplinary exercise between history and literature. Starting from the analysis of three tales written by authors from Antioquia, about the “Mil Días” war, it will be observed the representation of the different social groups and roles performed in the war. Besides, it will be shown the everyday life of people from Antioquia during the conflict.

Key words: history, literature, “Mil Días” war, everyday life, social groups, Antioquia.

Las guerras civiles trastocaron los órdenes cotidianos en buena parte del territorio nacional. Fueron vividas y padecidas por muchos individuos que ajenos a la lucha partidista del siglo XIX resultaron afectados, directa o indirectamente, por los conflictos desarrollados a lo largo de ese siglo. El impacto ocasionado por estas guerras puede analizarse a través de la documentación oficial conservada en los diferentes archivos históricos del país. Sin embargo, no solamente en este tipo de documentación se encuen-

* Estudiante de Historia de la Universidad de Antioquia. Este artículo hace parte de una investigación mayor, titulada “La Guerra de los Mil Días en las letras antioqueñas”. Para el desarrollo de esta investigación se contó con el apoyo financiero del Comité para el Desarrollo de la Investigación CODI.

tran las huellas dejadas por los conflictos, también, en los documentos no oficiales pueden hallarse indicios que permiten comprender su complejidad. Ejemplo de ello, son los diarios de sus protagonistas, la música, las narraciones literarias e incluso el cine colombiano de los años veinte. En estos documentos se puede, además de observar con más intensidad la actuación de hombres y mujeres en las guerras civiles, escuchar la voz del soldado raso, la campesina, el guerrillero o la “Juana”.

El discurso que aquí interesa es el literario y su relación con el referente histórico. Ambos discursos, apuntan a un cuerpo social y acuden a diversos contextos para comprender el *por qué*. En este sentido, el historiador, a partir de métodos y objetos propios de la disciplina histórica, muestra cómo actúan hombres y mujeres en una época y en un espacio determinado. Por su parte, la literatura explora las relaciones humanas, enmarcadas en tiempos y espacios específicos.

La importancia del discurso literario radica en que la ficción habla y, por ende, posibilita la transgresión. Es decir, tiene la capacidad de “no callar, de no dejar de contar, lo que la hace existir, permanecer” (Nieto, 2004, p. 198). El texto literario tiene la gran tarea de darle voz a los silencios de la historia y de hablar por fuera de la institucionalidad. Por su parte, el discurso histórico, constituido por acontecimientos materiales, tiene la posibilidad y la necesidad de ser verificado. Además, es capaz de revelar, de denunciar y en ocasiones derrumbar, las alteraciones producidas por los discursos de poder.

A través del análisis de las narraciones literarias se pondera, la representación de los diferentes actores sociales (hombres y mujeres) y el papel desempeñado por los mismos durante la Guerra de los Mil Días.

Se escogieron tres cuentos de autores antioqueños escritos durante los primeros años del siglo XX. Dentro del conjunto de narraciones literarias (referentes a la Guerra de los Mil Días) encontradas en las diferentes revistas de la época,¹ además, de novelas y relatos autobiográficos, se observa que un apreciable número de ellas pertenecen al género del cuento. Para hacer un abordaje teórico amplio de las narraciones seleccionadas, se usó la definición que sobre dicho género propuso Edgar Allan Poe en 1842

1 Para identificar dichas narraciones se revisaron las siguientes revistas literarias y periódicos: *La Miscelánea* (1886-1914), *Lectura y Arte* (1903-1906) y *Alpha* (1906-1915). Y los periódicos *El Cascabel* (1899-1901) y *El Medellín* (1901).

y las aproximaciones teóricas propuestas por Horacio Quiroga y Julio Cortázar.²

Los cuentos seleccionados fueron: *A la plata! (para hombres solos)* de Tomás Carrasquilla, *A flor de tierra* de Saturnino Restrepo, y *Las vacas de la fiesta* de Lucrecio Vélez (con seudónimo Gaspar Chaverra) Publicados en 1901, 1904 y 1906, respectivamente.³ Antes de abordar cada uno de estos cuentos, se presentará, de manera sucinta, algunos de los rasgos característicos de la narrativa de ficción que tiene por referente las guerras civiles del siglo XIX colombiano.

Los cuentos de la guerra

A diferencia de regiones como Santander, Cundinamarca y Tolima, en donde la Guerra de los Mil Días tuvo su principal escenario, Antioquia no fue terreno de grandes batallas durante esta guerra. A lo sumo, en la región antioqueña estallaron un par de levantamientos en el año 1900. Sin embargo, de forma directa o indirecta, los antioqueños vivieron el conflicto, ya fuera por las noticias que llegaban a la región o participando como soldados reclutados, generalmente a la fuerza, en batallas sangrientas vividas en regiones ajenas a ellos, como la desarrollada en Palonegro, cerca de Bucaramanga.

Se destaca la magnitud e impacto que tuvo la Guerra de los Mil Días en distintos ámbitos de la vida del país. Incluso, muchos escritores, antes de finalizar el conflicto, ya estaban empuñando la pluma para denunciar los horrores que esta guerra produjo a nivel nacional. A través de diferentes narraciones literarias, se manifestó el rechazo al conflicto que azotó al territorio nacional por tres años. Autores antioqueños como Saturnino

-
- 2 Poe considera que, en el dominio de la prosa, es en esta forma narrativa en donde se ofrece el mejor campo para “el ejercicio del más alto talento”. Es en el cuento, por ser una narración corta, en donde se presenta el punto de mayor importancia de casi todas las composiciones narrativas: la *unidad de efecto o de impresión*. Si esa unidad de impresión no existe no se pueden lograr los efectos más profundos, que son los que hacen que el alma se emocione, se exalte (Poe, 1973).
- 3 En la investigación, en principio, se seleccionaron nueve cuentos referentes al conflicto de los Mil Días. Son los siguientes: *Una Venganza* de José A. Gaviria; *Pequeñeces?* de Luis del Corral; *Triunfo del recluta* de José Montoya; *De regreso* de Alfonso Castro y *A la Plata! (para hombres solos)* de Tomás Carrasquilla. Todos ellos publicados en *El Recluta* en el año de 1901. Luego se incorporaron cuatro cuentos más: *Los que descansan* (1901) de Tartarín Moreira, *A flor de tierra* (1904) y *La oveja descarrilada* (1906) de Saturnino Restrepo y *Las vacas de la fiesta* (1906) de Lucrecio Vélez.

Restrepo, Tomás Carrasquilla, Julio Vives Guerra y Lucrecio Vélez, quien participó en la batalla de Palonegro, dieron testimonio de cómo era vivida la guerra por los diferentes actores sociales.

Entre otros discursos, la literatura que tiene como referente la Guerra de los Mil Días, hace parte de un importante conjunto de narraciones que se han escrito sobre las guerras civiles colombianas de la segunda mitad del siglo XIX. Gonzalo España, en un esfuerzo por rescatar todas estas otras lecturas no oficiales de las guerras, agrupó este tipo de narraciones literarias bajo el título de: *Narrativa de las guerras civiles colombianas* (España, 2003).

Este corpus literario de las guerras civiles configura un campo de razones de los conflictos y de las estrategias partidistas, que difiere de las expuestas por el discurso oficial. Explora causas y deja al descubierto la diversidad de motivos por los cuales se participaba en el conflicto. La literatura de la guerra penetra en significaciones profundas de los sentimientos de los hombres reclutados, las mujeres abandonadas y la vida cotidiana de las personas que vivieron la guerra.

En este tipo de narrativa, la guerra no es un simple telón de fondo que ubica al lector en un momento histórico determinado. Al contrario, la guerra es la que decide todo, “la suerte, el destino, el idilio, la vida o la muerte de los protagonistas. O mejor, donde el objetivo del autor parece haber sido antes que nada referirnos el conflicto, su atmósfera, las perturbaciones causadas en la vida cotidiana, las pasiones en pugna, las motivaciones de los contendientes, la guerra en una palabra” (2003, 10).

En los cuentos seleccionados la guerra es el detonante para la separación de las familias, la pérdida del amor conyugal, la muerte de las esposas y de los soldados, quienes por la fuerza se sumaron a las filas de los batallones. La guerra es la que definirá el destino de los personajes presentados en los relatos. La guerra es la auténtica protagonista.

Los cuentos: una lectura de lo social

El primer cuento del que se hará mención es *A la plata! (para hombres solos)* escrito por Tomás Carrasquilla.⁴ Quizá sea en este relato en donde

4 *A la plata! (para hombres solos)* fue publicado en el libro *El recluta*, editado por Henrique Gaviria. Este libro surgió de un concurso del periódico *El Cascabel* en 1901. El concurso consistía en publicar ocho cuentos sobre un tema específico: “Un pobre recluta que ha hecho campaña en la presente contienda civil y qué á su regreso encuentra en su hogar”. El Fondo Editorial Universidad EAFIT, publicó en el año 2000 una edición facsimilar de *El recluta*.

mejor se ilustra la vida cotidiana de las mujeres durante la guerra. *A la plata!* narra la historia del caratejo Longas, de su esposa Rufa Chaverra y su hija Eduvigis.

El primer escenario de la intriga es la feria. En las ferias realizadas el primer domingo de cada mes en la plaza de Medellín, se encontraban cachivaches, puestos de granos, legumbres, panela y tasajeras de carne. Acudían tanto campesinos como personas adineradas de la ciudad. En ese ambiente se daba lugar a diferentes tipos de manifestaciones, desde disputas y diálogos hasta carcajadas y chillidos.

En *A la plata!* se observa la presencia de un narrador omnisciente, quien presenta las impresiones del espacio y de las personas que acuden al lugar. El narrador transmite al lector una imagen desagradable del lugar, exemplificándolo como un sitio donde está latente la inmundicia humana. Así lo expresa:

Aquel enjambre humano debía presentar á vuelo de pájaro el aspecto de un basurero... ese olor de despensa, de carnicería, de transpiración de gentes, de guíñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tanta plebe y negrerie, formaban, sumados, la hediondez genuina, paladinamente manifiesta, de la humanidad (Carrasquilla, 1901, 89)

Aquel impenetrable ambiente de feria es quebrado cuando se escucha la voz de “¡encierro!”. El encierro consistía en cercar la plaza con lazos para reclutar a los hombres que eran aptos para el ejército. Generalmente las emboscadas se llevaban a cabo en los días de feria. Veinte soldados se repartieron por las cuatro esquinas de la plaza con sus bayonetas, los hombres y las mujeres empezaron a correr a los zaguanes y a la Iglesia. Entre los reclutados, cayó el caratejo Longas, un agregado de la finca de Perucho Arcila, el liberal más recalcitrante “en 100 leguas a la redonda” (1901, 90).

Aunque esta forma de reclutamiento fuera aterradora, el caratejo Longas no se llenó de temor, sino más bien de resignación: “A lo hecho pecho. Corazón con Dios, y peganos del manto de María Santísima. A yo, lo que es matame, no me matan. Allá verán que ni an mal me va... Y no s’infusquen por esto... ultimadamente, el Gobierno paga” (1901, 89).

En el mismo diálogo, el caratejo le dice a Rufa de todo lo que se debe encargar durante su ausencia, pues él tiene la convicción de que volverá y continuará con sus actividades habituales. Por ello, su esposa debe ayudarle encargándose de todos los oficios propios de la finca. Las palabras

de Longas, también, tienen un aire tranquilizante. Él no concibe la guerra como una situación de la que es imposible salir con vida. Al contrario, Longas tiene una visión muy distinta del conflicto: es inevitable ir, pero no es el fin.

ai les dejo máiz pa mucho tiempo. Pa desgusanar el ganao del patrón, y pa mantener esas mangas bien limpias, vustedes los saben hacer mejor que yo. Sigan con el balance de la güerta y de los quesitos, y métanle á estas placefias y á las amasadoras los güevos hasta las cachas, y allá verán como enredamos la pita. (1901, 89)

El papel de Rufa es importante, dado que en sus manos queda toda la responsabilidad de la finca, ella debe hacerse cargo de la economía familiar. Una parte del relato se centra en este personaje, en sus quehaceres cotidianos y en el rol que asume frente a la ausencia del esposo. Sus labores de vaquera, labrador y mayordoma de finca hacían que no tuviera tiempo de pensar en Longas. Aunque recibiera las noticias de la guerra, a Rufa no le preocupaba la suerte de su marido. Rufa Chaverra confirma que “[...] las ternuras y las blandicies del alma son necesidades de los blancos de la ciudad, y un lujo superfluo para el pobre campesino” (1901, 96).

Sin embargo, el día menos pensado apareció el caratejo. Había llegado de la guerra con harapos y mugroso todo parecía estar bien en la finca y a él en nada lo había cambiado la campaña. Pero no todo estaba igual, durante su ausencia Eduvigis, su hija, lo había deshonrado, al tener una criatura con un campesino pobre.

En este cuento no se presenta una visión trágica de la guerra, de las batallas o de la vida en los campamentos. *A la plata!* muestra otra cara de la guerra, lo que sucede con el universo femenino, con esas mujeres que deben quedarse solas. Si bien no se destaca una visión trágica de la guerra, el narrador sí presenta una situación que afecta a esa familia y que es causada por la ausencia del padre. Seguramente, si el caratejo hubiera estado en la finca, Eduvigis no le hubiera causado esa deshonra. Para Longas la guerra no estaba en el campo de batalla empuñando el arma. Para él la guerra se encontraba en la trastienda de su casa, era la deshonra que su hija le había causado.

El cuento describe una modalidad de reclutamiento forzoso que hizo popular el gobierno, la modalidad del encierro. Esta práctica consistía, como bien se describe al iniciar el relato, en cercar la plaza de mercado de los pueblos en las horas de mayor afluencia. Se tomaban como reclutas a

los hombres requeridos por la guerra, que normalmente eran todos los que se encontraban en la plaza. Era común que se les amarrara con lazos y se les llevara de cabestro a los cuarteles (Jaramillo, 1991, 217).

No obstante, el aspecto que más sobresale en el relato es el de la vida cotidiana en el campo. Se describen las actividades diarias en una finca y el oficio del mayordomo, ahora representado por una mujer, Rufa, quien se desempeñaba tan bien o quizás mejor que su marido:

Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo limpio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asomase la cabeza. Con sapientísima oportunidad salaba y ponía fierro á aquel ganado, cuyo idioma parecía conocer... Mano de ángel poseía para desgusanar, hacer los untos y sobaduras, y gran experiencia y fortuna en aplicar menjurjes por dentro y por fuera (Carrasquilla, 1901, 93-94).

Se desprende de la lectura la importancia que adquiere el rol de la mujer. Generalmente, el hombre al partir a la guerra, dejaba a la mujer desamparada,⁵ pues él era el encargado de la manutención de la familia, mientras que la mujer era la encargada de educar a sus hijos y de velar por el bienestar del hogar. Sin embargo, en *A la plata!*, ante esta situación de desamparo, la mujer asume el rol de cabeza de familia. En este relato, la mujer: Rufa, particularmente, demuestra tener mayor éxito que el hombre, desempeñando labores distintas a la doméstica.

El aspecto del devenir cotidiano no sólo se observa en las descripciones sobre los quehaceres en la finca y en los días de mercado, también, se destacan alusiones al mismo, en las hablas de empleadas por cada uno de los personajes del relato. *A la plata!* se constituye con registros orales, los cuales, podría pensarse, recrean los usados coloquialmente por los antioqueños de la época. En la obra de Carrasquilla está presente la oralidad y los usos coloquiales, que caracterizan los sentimientos de cada uno de sus personajes.

El segundo cuento a exponer es *A flor de tierra* escrito por Saturnino Restrepo, publicado en *Lectura y Arte* en 1904. En este relato es narrada la historia de Manuel, un alférez de los ejércitos del gobierno. Manuel resultó ser la víctima de los odios entre su padre y el mandatario del pueblo y por ello fue reclutado. Manolo, como le llamaban, no era un hombre de guerra, era tímido, débil del alma y del cuerpo.

⁵ Esta situación se observa en otros cuentos analizados sobre la guerra civil de los Mil Días, en donde la mujer queda prácticamente en una situación de miseria.

Estando en el campo de batalla, Manolo fue herido en una pierna, por ello fue llevado a un hospital improvisado en la escuela del pueblo. Cuando ingresó al hospital no había nadie más en el lugar: “era el único enfermo. Tenía la pierna atravesada. Tenía fiebres. Tenía tristeza. Tenía miedo, sobre todo, un gran miedo, y un horror invencible por la guerra” (Restrepo, 1904, 130).

Según Carlos Eduardo Jaramillo durante la guerra, para tratar de impedir la propagación de ciertas enfermedades, el gobierno diferenciaba tres tipos de hospitales, de sangre, de fiebre y de viruela.⁶ A los de sangre llegaban los heridos por las balas o por los machetazos (Jaramillo, 1991, 250). El hospital que aquí se describe es de este tipo, puesto que allí llevaban los heridos en combate.

También, en este relato hay un narrador en tercera persona, se detiene en la descripción del hospital, ubicado lejos de la población y en el que reinaba un leve olor a medicinas y cadáveres. Uno de los elementos más importantes del hospital es la ventana que queda al lado del lecho en donde duerme Manolo, quien, alejado de la batalla, por medio de la ventana puede presenciar la contienda casi en carne propia. El narrador presenta una tensión entre el adentro y el afuera. Adentro, en el hospital, Manolo está a salvo de la batalla. Sin embargo, a través de la ventana, el personaje siente lo que está ocurriendo afuera, donde se desarrolla la contienda. Manuel vive la batalla como si, efectivamente, estuviera empuñando el arma.

Otro de los personajes del cuento es Lola. Ella encarna otra faceta de la actuación de las mujeres durante el conflicto. Se ocupa de cuidar a los soldados del gobierno heridos en batalla y aprovecha para robarles municiones, que lleva a los guerrilleros, entre los que está su novio. Las armas robadas “eran cartuchos de máuser, cartuchos robados para enviar de regalo a los guerrilleros. El herido pensó horrorizado en el Coronel y en el Capitán. Ella soltó a reír” (1904, 131).

En *A flor de tierra* se presenta una duplicidad en el discurso, puesto que, son dos los sentidos que aparecen con respecto a la guerra. Por un lado, se encuentra lo que siente Manuel, un joven soldado de los ejércitos del gobierno, quien es obligado a defender los intereses de la república y la patria. Manuel debe seguir las órdenes de sus superiores, él tiene miedo a la guerra, a la batalla y sobre todo a sus jefes, quienes son violentos y quienes posteriormente lo juzgarán como un traidor de la patria.

6 Aunque lo común fue la existencia de los dos primeros tipos de hospital.

Por otra parte, se encuentra todo lo que rodea a Lola. Ella es una mujer que no teme a los capitanes y coronelos del ejército del gobierno y que es colaboradora de la causa liberal. Lola hace las veces de enfermera junto a su madre, en un hospital de sangre del gobierno. Además, es encargada de abastecer de armamento al bando guerrillero. Roba a los soldados del ejército heridos y entrega al bando contrario las municiones robadas. Lola tiene un lugar importante dentro de la trama, ella hace que Manolo, ante los ojos del capitán, parezca un traidor de la patria. Al robarle el arma lo condena al paredón, ya que este acto es visto por el jefe militar como un acto de traición: ¿cómo puede un alférez dejarse quitar su arma de una joven enfermera, cuyo novio es guerrillero?

También, aunque de manera secundaria, se hace visible la presencia de un niño como mensajero. El mensajero es quien informa a Manuel sobre los movimientos de Lola y le devuelve el arma, justo en el momento en que el capitán acusaba al alférez de darle información a los guerrilleros acerca de la ubicación de los pertrechos del ejército.⁷

La actitud que desempeñan los jefes del gobierno es otro elemento del cuento. Se les presenta de manera violenta. El capitán y el coronel aparecen en la narración solamente para censurar a Manuel y recordarle su cobardía e inutilidad para la guerra. Los oficiales, que generalmente pertenecían a las clases dominantes, dialogaban con sus soldados a punta de patadas y era común que se les mandara apalear en público. Cuando las personas de origen popular ascendieron dentro de los cargos militares, los oficiales les tuvieron desconfianza y constantemente les recordaban su procedencia indígena, negra o mulata. (Tirado, 1995, 34).

Por último, el elemento que quizá llama más la atención en *A flor de tierra*, es el referente a la muerte de Manuel. Según Arbey Atehortúa, ésta es única dentro de la literatura de las guerras civiles colombianas, dado que no fue causada por una herida, consecuencia de la batalla. El personaje muere por el terror a ser fusilado y a encontrarse con la muerte (Atehortúa, 2005, 96). Efectivamente, Manuel muere de miedo, antes que den la orden

7 Al abordar los cuentos que hacen parte de la investigación mayor, es curioso que en el único cuento en donde aparece un niño sea en *A flor de tierra*, aunque su rol apenas es mencionado. En los otros cuentos revisados, no se observa la actuación de los niños, quienes, sin embargo, sirvieron no sólo como mensajeros sino como pequeños soldados. Esta invisibilidad de los niños en las narraciones literarias podría atribuirse a una forma de silenciar una realidad que quiere ser ignorada. También, podría atribuirse a que en Antioquia no fueron muchos los niños que marcharon con las tropas o que sirvieron de mensajeros.

de disparar, cae. A pesar de ello, el Capitán ordena que sea fusilado, lo que lleva al lector a pensar no sólo en la brutalidad del capitán, sino también, en la sinrazón de la guerra, puesto que, el personaje muere en vano.

El último relato a abordar es *Las vacas de la fiesta*, escrito por Lucrecio Vélez y publicado en 1906 en la revista *La Miscelánea*.⁸ A diferencia de los anteriores relatos un narrador en primera persona, cuenta la historia de su amigo Agapito Hoyos, un comerciante antioqueño que es arrastrado por el torbellino de la guerra. Cuando “Gapito”, como le decían, es reclutado en Medellín, escribe una carta a su amigo, para que le ayude a salir del cuartel de la “Popa”. El narrador, que tenía influencias en el gobierno local, intenta de muchas formas liberar a su amigo, sin embargo, esto le resulta imposible, pues, según el secretario, el enemigo estaba sobre ellos por tanto, necesitaban soldados para enfrentarlo.

Uno de los puntos más interesantes dentro del cuento es el drama del reclutamiento de Agapito Hoyos. A pesar de tener dinero para salir del cuartel la Popa (gracias a su profesión de comerciante) y de tener a su amigo, una persona influyente dentro del gobierno local, le es imposible evadir la guerra, y es llevado a una de las batallas más cruentas en la historia militar colombiana, la batalla de Palonegro.

El reclutamiento de Agapito Hoyos es un absurdo. Para el narrador, este acto es reprochable, puesto que su amigo no es un hombre de guerras, él es un comerciante viudo y padre de varios hijos. En la siguiente cita se observa la posición del narrador frente el reclutamiento de Gapito: “A pesar del país y sus costumbres políticas, me quedé pasmado. ¡Agapito Hoyos en la Popa! ¡Agapito de militar! ¡Me pareció un absurdo! Un desatino, una burla, una ceguera del que lo cogió!” (Chaverra, 1906, 225).

Un aspecto que está relacionado con el reclutamiento forzoso, es el referente a los entrenamientos de los soldados, a quienes entrenaban de manera rápida, puesto que debían ir a batallar lo más pronto posible. El narrador afirma que, prácticamente, se les enseñaba a palos:

Había verdadero afán por parte del Sargento en poner pronto aquellos hombres en estado de acuchillarse en regla, y ellos, que acababan de dejar los instrumentos de sus artes y oficios, que estaban embobados y tenían miedo, adelantaban poco en aquel arte diabólico que se les enseñaba a palos. Y cómo pesaría en ellos sobre todo, el recuerdo de

8 El cuento aparece firmado por Gaspar Chaverra. En las siguientes referencias se citará teniendo en cuenta este seudónimo.

la heredad abandonada, con todas las prendas de su cariño adentro. ¿Volverían allá? (1906, 226).

Por otra parte, el narrador al iniciar el relato, ubica al lector en el momento en que estalló la guerra, en octubre de 1899. Lo interesante es que él recuerda que, en el mismo momento en que los proyectiles sonaban en Santander y la guerra era inevitable, en Antioquia los jóvenes habían organizado un carnaval conmemorativo del descubrimiento de América.

Este aspecto interesa, dado que representa un contraste entre dos regiones del país: Antioquia y Santander. En el periódico *El Cascabel* se escribió un artículo titulado “El carnaval”, censurando dicha actividad: “mañana estaremos en plenos regocijos públicos, mostrando cuán poco nos preocupan los males de la patria, la miseria del pueblo, la muerte de las industrias, la paralización de los negocios, la ya cercana ruina de todos y de todo” (*El Cascabel*, 1899).

Mientras en Antioquia los jóvenes se divertían, en Santander, en cambio, se daban los primeros levantamientos. Allí, en octubre de 1899, ya se percibía el movimiento de las tropas revolucionarias. Por su parte, en la región antioqueña, los sonidos eran los de la pólvora del carnaval. Quizá, los antioqueños pensaron que esta guerra no iba a durar tres años, y para ese momento la veían como algo ajeno a su realidad. Sin embargo, al poco tiempo empezaron a formarse en la región antioqueña los batallones que irían a luchar a la costa atlántica y Santander.⁹

Muchos escritores se ocuparon de las guerras civiles en Colombia, basta el ejemplo de este literato, Gaspar Chaverra quien, aparentemente, fue un escritor interesado por la temática de la guerra, no sólo la de los Mil Días, sino por contiendas anteriores. Esto se ratifica con otros de sus escritos acerca los conflictos desarrollados en la segunda mitad del siglo XIX. Chaverra publicó otro cuento titulado *Las vacas de la fiesta*, en *La Miscelánea*, en el año 1896. Este relato se refiere a la guerra de 1895. En él se muestra una visión trágica de ese conflicto. El sufrimiento de las mujeres y la situación económica en el hogar cuando los hombres no están presentes. En esta narración, no sólo el recluta es quien sufre la guerra, también, sus mujeres, sus hijos y hasta el perro. Otro cuento titulado *El*

9 En Medellín entre noviembre de 1899 y enero de 1900 se formaron los siguientes batallones: Vencedor, Medellín, Herrán, La Popa, Arboleda, y Briceño. AHA, época República, sección Militar, documentos de guerra, tomo 2847, 1900, folios 1r-7r.

Cisne, publicado en *La Miscelánea* en 1895, narra la historia de Cisne, un militar torpe, que había vivido durante varias de las guerras del siglo XIX, pero nunca le había tocado participar en ellas.

Uno de los libros más importantes de Chaverra es *El camino de Palonegro*, escrito en 1901. En esta crónica cuenta sus vivencias en el ejército conservador que se dirigía desde Antioquia hasta Palonegro, donde presenció la más cruenta batalla de la Guerra de los Mil Días. En el relato autobiográfico, el autor muestra cómo a través del camino el conflicto tiene un mayor impacto. En principio, cuando Chaverra se unió al ejército conservador el panorama era tranquilo, ya cuando llega a Santander la situación es más complicada y dura.

Sin embargo, Lucrecio Vélez (Gaspar Chaverra) no fue el único escritor antioqueño que tuvo un interés especial por relatar las guerras del siglo XIX. Autores como Alfonso Castro, Julio Vives Guerra, Ricardo Olano, Efe Gómez, entre otros, se preocuparon por denunciar los horrores vividos en las guerras civiles colombianas. La producción que los autores antioqueños dejaron referente a las guerras civiles es prolífica.

Finalmente y a modo de conclusión, en la selección de la *Narrativa de las guerras civiles colombianas* que se realizó para este artículo, se presentan tres situaciones con respecto a la guerra. En el primer cuento abordado, *A la plata! (para hombres solos)*, se narra el regreso del recluta al hogar. El reencuentro de Longas con su familia es sinónimo de deshonra. El personaje debe enfrentarse con una cotidianidad trastocada por culpa de la guerra. En estas narraciones el regreso al hogar no significa el final de la guerra. Al contrario, el reencuentro con la cotidianidad significa destrucción. Cuando los reclutas retornan a sus hogares se encuentran con una realidad que antes de partir no existía.

Por otra parte, en *A flor de tierra*, se le presenta al lector lo que ocurre durante la batalla. En este cuento, a diferencia del primero, el narrador quiere hacer énfasis en el miedo que vive un recluta en la guerra y cómo la vive en el momento en que debe empuñar el arma. En este cuento, el narrador se detiene en la descripción de las batallas, describe cómo son los golpes de las balas, el movimiento de los soldados en busca de pertrechos y los charcos de sangre que se forman durante la contienda. Por último, en *Las vacas de la fiesta*, la situación narrada es la del momento mismo del reclutamiento. Este último aspecto es común en las tres narraciones, puesto que, cada uno de los personajes que marchan a la guerra es enrolado de manera obligatoria dentro de las filas de los ejércitos del gobierno. En su

mayoría, quienes caían reclutados, eran personas de extracción popular. Sin embargo, en los cuentos aquí presentados dos de estos personajes no pertenecen a estos sectores de la población.

También, se encuentra un personaje cuyo rol es fundamental en la vida de los hombres reclutados: la mujer. En *A la plata!* Rufa representa a las mujeres que durante la guerra supieron llevar las riendas del hogar, ante la ausencia del cabeza de familia. Desempeñando oficios distintos al doméstico, comprobando cómo la mujer en situaciones adversas es capaz de sostener la economía familiar. Por su parte, Lola representa otra faceta de la actuación femenina durante la Guerra de los Mil Días, la de las mujeres que sirvieron como apoyo logístico, suministrando el material bélico para abastecer a las guerrillas liberales.

Puede observarse en estos tres cuentos, algunos de los roles desempeñados por diferentes grupos sociales, quienes fueron fundamentales dentro de la dinámica de la guerra. En estas narraciones literarias quedó plasmado otro discurso por fuera de la institucionalidad, que cuestiona el discurso producido desde las instancias de poder, el cual afirma que las personas van a pelear impulsadas por ideales patrióticos que deber ser defendidos. En este otro discurso la guerra atraviesa y transforma las vidas privadas de cada uno de los personajes. Así, el ámbito de lo público y de lo privado, no se van a diferenciar, puesto que el abuso de los poderes institucionales, el enfrentamiento y la contienda civil, no sólo van a transformar las vidas cotidianas de los personajes, sino que van a definir sus destinos.

Bibliografía

- Archivo Histórico de Antioquia, época República, sección Militar, documentos de guerra, tomo 2847, 1900.
- Carrasquilla, Tomás. "A la plata! (para hombres solos)", en: *El recluta*, Henrique Gaviria, ed. Medellín: Tipografía central, 1901, 89-101.
- _____. "Damos", en: *El Cascabel*, año 2, No 239, Medellín, 12 de febrero de 1901.
- _____. "El Carnaval", en: *El Cascabel*, año 1, No 185, Medellín, octubre 11 de 1899.
- Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo. *Los guerrilleros del novecientos*. Bogotá: CEREC, 1991.
- España Arenas, Gonzalo (et. al). *Narrativa de las guerras civiles colombianas*, vol., 1: 1860. Bucaramanga: Ediciones Universidad Industrial de Santander, 2003.

- Escobar Mesa, Augusto (et. al). *Narrativa de las guerras civiles colombianas*, vol. 3: *La Guerra de los Mil Días*. Bucaramanga: Ediciones Universidad Industrial de Santander, 2005.
- Mora, Gabriela. *En torno al cuento: de la teoría general y de su práctica en Hispanoamérica*. Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1985.
- Nieto, Judith. “Sobre el discurso histórico y el literario”, en: *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, No. 9, Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, septiembre, 2004, 175-202.
- Poe, Edgar Allan. “Hawthorne”, en: *Ensayos y críticas*. Madrid: Alianza, 1973.
- Restrepo, Saturnino. “A flor de tierra”, en: *Lectura y Arte*, No 7-8. Medellín: nov, 1904, 129-141.
- Tirado Mejía, Álvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: Seduca, 1995.
- Vélez, Lucrecio. “Las vacas de la fiesta”, en: *La Miscelánea. Revista literaria y científica*, año 8, entrega 8. Medellín: sept, de 1906, 225-229.